



1.- Jesús, ten compasión de mí... ¿Es mi oración como la de Bartimeo? ¿cuáles son las cegueras que me impiden seguir a Jesús?

2.- Lo seguía por el camino. ¿Por qué camino me invita Jesús a seguirle? ¿siento la tentación de quedarme "al borde del camino" cuando no me gusta lo que Jesús me pide?

**Hoy, cuando he leído tu evangelio,
me he sentido como el ciego
al borde del camino.**

**Me he visto pidiendo limosnas
de reconocimiento,
de aceptación y de cariño.
Me he visto con miedo que la gente
que pasa tan cerca, no me mire
y me ignore, como si no existo.**

**Pero he oído
que Tú vienes por el mismo camino
y, superando mis miedos y vergüenzas,
me he puesto a gritar tu nombre: "¡Jesús!"
Y ya no soy el miso,
ya veo, ya veo cómo soy,
y te veo a Ti, y veo el camino
y camino contigo.**

Javier García



Nuestra Comunidad

D.L. 394-1991 AÑO 41 N° 2091 - DOMINGO 30° T. ORDINARIO
24 - Octubre - 2021

Lectura del Profeta Jeremías 31, 7-9

Así dice el Señor: "Gritad de alegría por Jacob, regocijaos por el mejor de los pueblos: proclamad, alabad y decid: El Señor ha salvado a su pueblo, al resto de Israel. Mirad que yo os traeré del país del norte, os congregaré de los confines de la tierra. Entre ellos hay ciegos y cojos, preñadas y paridas: una gran multitud retorna. Se marcharon llorando, los guiaré entre consuelos: los llevaré a torrentes de agua, por un camino llano en que no tropezarán. Seré un padre para Israel, Efraín será mi primogénito."

El Señor ha estado grande con nosotros, y estamos alegres.

Quando el Señor cambió la suerte de Sión, nos parecía soñar: la boca se nos llenaba de risas, la lengua de cantares. R.

Hasta los gentiles decían: "El Señor ha estado grande con ellos." El Señor ha estado grande con nosotros, y estamos alegres. R.

Que el Señor cambie nuestra suerte, como los torrentes del Negueb. Los que sembraban con lágrimas cosechan entre cantares. R.

Al ir, iba llorando, llevando la semilla: al volver, vuelve cantando, trayendo sus gavillas. R.





Lectura de la Carta a los Hebreos 5, 1-6

Hermanos: Todo sumo sacerdote, escogido entre los hombres, está puesto para presentar a los hombres en el culto a Dios: para ofrecer dones y sacrificios por los pecados. Él puede comprender a los ignorantes y extraviados, ya que él mismo está envuelto en debilidades. A causa de ellas, tiene que ofrecer sacrificios por sus propios pecados, como por los del pueblo. Nadie puede arrogarse este honor: Dios es quien llama, como en el caso de Aarón. Tampoco Cristo se confirió a sí mismo la dignidad de sumo sacerdote, sino aquel que le dijo: "Tú eres mi Hijo: yo te he engendrado hoy", o, como dice otro pasaje de la Escritura: "Tú eres sacerdote eterno, según el rito de Melquisedec."

Dan de la Palabra



En el camino hacia Jerusalén Jesús ha anunciado por tres veces su Pasión y Resurrección, les ha enseñado que el seguimiento implica dar la vida, ponerse en el último lugar, optar por el servicio... Pero ellos no han entendido nada, parecen estar ciegos y persiguen lo contrario de lo que el Señor propone.

Ante esa actitud, el evangelista nos sitúa al ciego Bartimeo como modelo de discípulo: reconoce a Jesús como Mesías ("Hijo de David") como hiciera Pedro en Cesarea; al sentirse llamado deja lo poco que tiene (el manto) para acercarse al Maestro, como hicieron los primeros discípulos junto al lago; ante la pregunta de Jesús, no responde como los Zebedeos pidiendo poder, sólo pide luz; y cuando puede ver, cuando Jesús quita la traba que le impide ser discípulo, lo sigue por el camino.

Así Marcos nos presenta un personaje secundario que encarna actitudes y respuestas propias de los Doce, pero que éstos no son capaces de realizar. Y nos ofrece una enseñanza para los discípulos de todos los tiempos: ponerse en el último lugar, hacerse servidor y esclavo de todos, perder la vida... es una tarea imposible para el ser humano; pero no para Dios; por eso es imprescindible la oración ("Jesús, ten compasión de mí"), pues ser discípulo no es fruto de una conquista sino un don.



Evangelio según San Marcos 10, 46-52

En aquel tiempo, al salir Jesús de Jericó con sus discípulos y bastante gente, el ciego Bartimeo, el hijo de Timeo, estaba sentado al borde del camino, pidiendo limosna. Al oír que era Jesús Nazareno, empezó a gritar: "Hijo de David, Jesús, ten compasión de mí." Muchos lo regañaban para que se callara. Pero él gritaba más: "Hijo de David, ten compasión de mí." Jesús se detuvo y dijo: "Llamadlo." Llamaron al ciego, diciéndole: "Ánimo, levántate, que te llama." Soltó el manto, dio un salto y se acercó a Jesús. Jesús le dijo: "¿Qué quieres que haga por ti?" El ciego le contestó: "Maestro, que pueda ver." Jesús le dijo: "Anda, tu fe te ha curado." Y al momento recobró la vista y lo seguía por el camino.

